

PONENCIA MARCO: EL HECHO SEXUAL HUMANO

Silberio Sáez Sesma

Sexólogo

Profesor de Instituto de Sexología InCiSex.

INTRODUCCIÓN

Aclaraciones previas para seguir la ponencia marco: no vengo a criticar sus intervenciones, o las intervenciones. Vengo a hablarles en un plano epistémico. Es decir, pretendo una aclaración de conceptos, que nos ayude a reflexionar sobre lo que “decimos”; en modo alguno quiero criticar o cuestionar lo que hagamos.

Esto es importante, porque si se sienten atacados, se pondrán a la defensiva y eso no les va a permitir comprender en su totalidad lo que les vengo a contar.

Así pues, les estoy pidiendo un margen de confianza. Sé que todavía no la merezco, y mi cara no se presta lo más mínimo, pero les pediría un poco de simpatía.

En esta vida todo es relativo, al fin y al cabo esta ponencia sólo dura un ratito e incluso personas como el ponente tendrán una madre que probablemente los admire.

No les voy a pedir tanto, eso sería empatía, más que simpatía; pero sí un poco, como ustedes los jóvenes dicen, de buen rollito.

PLANTEAMIENTO SEXOLÓGICO

En principio vengo a poner la sexología a su servicio.

Analicemos un poco la promiscuidad terminológica. Sirvan estas frases de botón de muestra:

- Rellene este cuestionario e indique su **sexo**.
- Nos gusta mucho practicar el **sexo**.
- “... ella sudaba mientras él acariciaba su **sexo** húmedo...”.
- “Últimamente estoy obsesionado con el **sexo**. ¿Seré un adicto?”.

No vengo a amargarles el día, pero fíjense las acepciones tan diferentes de sexo que se esconden en estas afirmaciones. Todas inteligibles, por el contexto (diferente en todos los casos) pero teniendo en común un mismo término: "sexo".

En el primer caso el sexo "que se es" (hombre o mujer); en el segundo el sexo "que se hace" (coito); en el tercer caso el sexo "como genital" (vulva o pene) y, ¿en el cuarto? Podemos restar importancia al tema y no enrevesarnos; pero les he dicho que vamos a reflexionar sobre lo que decimos.

Imaginen una sola pregunta y las posibles respuestas con estas acepciones.

¿Qué tal con el sexo?

- "Muy bien, me siento a gusto siendo hombre".
- "Una vez al mes y por las justas".
- "Siempre lo llevo bien limpio".
- "Es un tema tabú".

Rizando el rizo, así las cosas un taller de "sexo seguro" podría ser:

- Hombres o mujeres adiestrados en autodefensa, con las ideas claras y con el futuro resuelto de cara a incertidumbres económicas y personales.
- Coitos con preservativo para evitar consecuencias.
- Fabricación y reparación (por lo de taller) de bragas y calzoncillos con candado, que guarden a buen recaudo (es decir, seguro) al pene y la vulva.

¿Y una "agresión sexual"? ¿un hombre que ataca a una mujer? (independientemente de que la agresión sea en un contacto erótico); ¿un coito contra la voluntad de otro? (independientemente de que sean hombre o mujer); ¿golpear a alguien fuertemente con el pene o con la vulva?

La Sexología Sustantiva es la ciencia del sexo. Del sexo que "se es" y no del sexo "que se hace" o los "genitales que se tienen". En todo caso, este sexo que se hace, como veremos, es sólo una parcela (la erótica) o un área de trabajo de la sexología "del sexo que se es".



El hecho de que se confunda *sexo* que se es, con *sexo* que se hace; e incluso que esta segunda acepción triunfe y tienda a estar generalizada, es más una cuestión de metonimia (tomar una parte por el todo, *Danone* por *yogures*); o lo que es peor, este fenómeno es un hecho de colonización (de lo coito-genital) y no de madurez.

¿Qué son los sexólogos que aparecen en la tele? ¿Sexólogos o coitólogos? ¿Sexólogos o genitólogos? La respuesta es clara.

Podemos cerrar los ojos y hacer que no vemos nada; o atrevernos a ver la dolorosa mezcla y promiscuidad terminológica.

La Sexología Sustantiva entiende el *sexo* que se es (hombre o mujer) y todas sus implicaciones. En todo esto hay intereses "morbosos" e intereses más "decentes". Y aquí tenemos al género. La articulación social del hecho de ser hombres y mujeres (*sexo*) construye modelos sociales de hombre y mujer: roles sexuales. Pero a esto ya no le llamaremos *sexo*, queda cutre, llamémosle *género*. Es más bonito y no te cierra ninguna puerta, no desata miedos, filias ni fobias...



En Estados Unidos el término *sexo* ha desaparecido de las publicaciones científicas, y se ha sustituido automáticamente por *género*. Si envían algún artículo donde aparezca el concepto *sexo* (independientemente de en qué contexto) se lo devolverán o se lo sustituirán automáticamente por *género*. Así, si una variable estudiada es el *sexo*

de la muestra (hombres y mujeres), en EE.UU. será sustituido por el género de la muestra.

Lo políticamente correcto nos está llevando a los niveles de lo absurdo. Ya se empieza a hablar de *generología*, como algo diferente a la sexología. ¿Pero acaso los roles sexuales y el género como concepto, hubieran llegado a existir sin la realidad *sexo*?

Nos gustan tanto las ramas y estamos tan a gusto, que nos atrevemos a negar la existencia del tronco. Incluso las connotaciones de sexual se han quedado sólo para lo *oscuro* (abuso, agresión, violencia sexual) y el género ha copado las partes *nobles y decentes* (coeducación, igualdad, género y sociedad...).

No seguiré más por aquí. Pero reflexionen entre lo que existe, lo que hacemos que exista y lo que nos interesa que exista.

Ni que decir tiene que la Sexología Sustantiva es la ciencia del sexo (que se es) y esa ciencia a la que pertenezco, tal vez tenga algo que contarles y tal vez pueda aclararles algo.

En primer lugar, hay un doble planteamiento de lo sexual: planteamiento dimórfico (dos formas) y planteamiento de intersexualidad (grado). Tan valioso es el uno como el otro, aun cuando el primero pueda parecer más contundente. Sin embargo el segundo es más habitual de lo que pensamos; y probablemente contenga muchas más claves explicativas de las que creemos.



Los cromosomas (XX o XY), las gónadas (ovario o testículo), los genitales internos y externos (vulva o pene) y la identidad sexual (soy un hombre o soy una mujer) encajan bien en un modelo dimórfico. Sin embargo, el nivel cerebral y neuronal, el hormonal, comportamental, estatura, peso, rol... aceptan mal cualquier planteamiento dimórfico y no por ello dejan de ser "variables claramente sexuales".

La intersexualidad hace referencia a un sexo que se va haciendo en un continuo cuyos polos son dos representaciones (teóricas y "extremas") de tal forma que el sujeto es un

punto, un grado dentro de un continuo. No en el mismo punto que el resto, sino en el mismo continuo que los otros.

Empecemos con la propuesta y veamos a dónde nos lleva esto.



HECHO SEXUAL HUMANO

- Sexo:

Aquí tendríamos que hablar de los procesos de sexuación. Aquellos elementos estructurales y estructurantes del sexo. Aquellos que hacen que seamos machos o hembras. Probablemente hablar en los seres humanos de machos y hembras pueda resultar llamativo a la gente “educada”; pero somos mamíferos y como tal somos machos y hembras. De no gustarles siempre pueden intentar abdicar de ser mamíferos; yo no lo he conseguido.

Está constituido por una sucesión compleja de acontecimientos bio-psico-sociales que hace que seamos –y no podamos no ser– seres sexuados: hombres o mujeres. Hablamos pues de acontecimientos sexuantes que finalizan con resultados sexuados.

Aquí hay multitud de niveles que no vienen al caso explicar, pero que cronológicamente podemos esbozar:

A nivel prenatal:

- Cromosómico
- Gonadal
- Genital interno
- Genital externo
- Neural-cerebral
- Hormonal
- Otras estructuras (hay tantos órganos “sexuados” que les sorprendería si los enunciase todos).

A nivel neonatal:

- Asignación de sexo

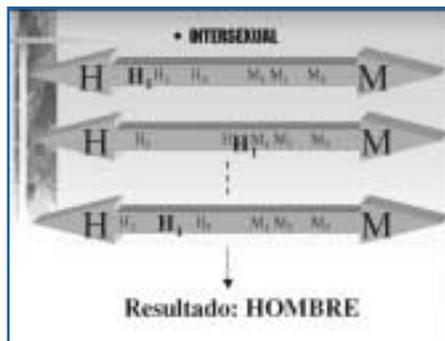
Postnatal:

- Autosexación
- Crianza diferencial
- Orientación
- Redefiniciones
- Pubertad
- Climaterio
- ...

Como dijimos antes, recordemos que estos niveles no siempre se pueden enfocar en sentido dimórfico, sino en el intersexual.

La clave sería que como resultado de todos los procesos de sexuación, acabo siendo de un sexo determinado. Al fin y al cabo, este proceso busca establecer una coherencia entre todos sus niveles para ser “hombre” y “mujer”.

Recuerden el planteamiento dimórfico y el intersexual. Tomados uno a uno, no en todos los niveles estoy en el mismo punto ni coincido con todos mis compañeros de categoría (hombre o mujer), incluso puede que en alguno de ellos, analizado de forma independiente (un hombre muy bajito, una mujer muy alta...), esté más cerca del “otro” polo (ejemplos biológicos: estatura, peso, ¿cerebro?, ¿hormonas?). Pero al final, como globalidad, y en busca de una coherencia interna acabo coincidiendo con ellos en el etiquetado de mi identidad de hombre o mujer.



No olviden esto para cuando analicemos uno de los motivos de exclusión del que ustedes hablan: la transexualidad.

- Sexualidad

El concepto de sexualidad hace referencia al modo de sentirse esta condición sexuada (sexo) y a la vivencia subjetiva de esta condición. Mi manera peculiar de ser el hombre o la mujer que soy; a nivel personal y en la medida en que vivo rodeado de otros hombres y mujeres.

Sería cómo vivo mi realidad de hombre y mujer; y también cómo me siento orientado hacia los hombres o las mujeres que me rodean.

Hablaríamos por tanto de mi orientación sexual. Recuerden esto para cuando hablemos de homosexualidad, otro de los motivos de exclusión del que ustedes hablan.

- Erótica

Hace referencia a la expresión gestual (*conducta* que dirían los psicólogos) de la sexualidad. Aquellas producciones, hechos, realizaciones e interacciones a través de las cuales vivenciamos y expresamos que somos sexuados y sexuales. Recuerden esto para cuando hablemos de embarazos no deseados, otro de los motivos de exclusión del que ustedes hablan.

Estamos pues ante tres cuestiones: transexualidad, homosexualidad y embarazos no deseados; probablemente en tres registros diferentes del Hecho Sexual Humano.



He aquí mi propuesta: analizar cada situación, y cada nivel de esa situación sin tener en cuenta lo anterior ni lo posterior.

Vamos a no partir de ideas preconcebidas, de teorías deseables que nos llevarán a perder el rumbo. Analicemos cada rebanada sin una respuesta deseada, sin un resultado favorito, antes incluso de obtener la respuesta y el resultado.

La percepción, es sólo un punto dentro del proceso. Somos muy egocéntricos y simples si confundimos la percepción y toma de conciencia del proceso, con el proceso en sí mismo.

Me doy cuenta de que soy hombre (pero, ¿desde cuándo lo soy?), me doy cuenta de que soy homosexual (pero, ¿desde cuándo lo soy?), llevo a cabo una determinada actividad sexual (pero, ¿desde cuándo lo deseo?).

Es humano creer que algo relacionado con nosotros mismos, comienza cuando lo empezamos a percibir; pero nuestra realidad sexual trasciende con mucho nuestra toma de conciencia; sé que es duro, políticamente incorrecto e incluso descorazonador. Empieza antes de que lo percibamos y va más allá cuando dejamos de hacerlo; tal vez las “opciones” (y aquí lanzo mi primera bomba) sean un margen de maniobra dentro de un marco limitado y no una posibilidad de elección dentro de todas las posibles.

En ese margen de maniobra coincidimos muchas personas; los hombres por un lado y las mujeres por el otro. Y en ese intervalo los hombres y mujeres nos situamos en uno u otro punto, diferente, tal vez al de los otros hombres y mujeres; pero sin la posibilidad de dejar de ser hombre y dejar de ser mujer; y, ya llegaremos, tampoco de ser homo o hetero.

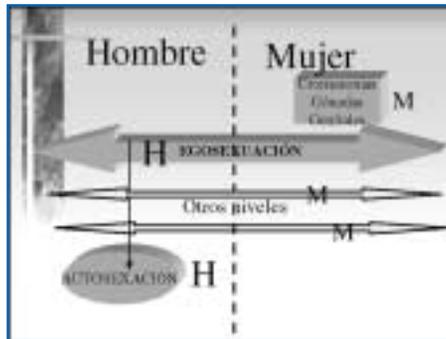
CADA UNO DE LOS TRES FENÓMENOS

El proceso de evolución sexual que posibilita la percepción íntima (subjetividad) en coherencia, facilita el equilibrio personal y la “inclusión social”. Cuando las cosas no son tan coherentes (y no hablo de patologías) aparece el desequilibrio o el propio cuestionamiento personal o la exclusión social.

- Transexualidad

La transexualidad sitúa al sujeto ante la siguiente disyuntiva.

Al menos aparentemente, la mayoría de sus niveles de sexuación (cromosómico, gonadal, de asignación...) lo están en un sentido contrario al de su propia autosexuación. Se perciben y se consideran de forma incoherente a lo que la mayoría de sus “niveles de sexuación” parecen decir.



Resumiendo mucho: en apariencia, una operación matemática nos ofrece un resultado incorrecto.

Sin duda es mucho lo que desconocemos. ¿Qué nivel o niveles de sexuación hacen que los otros (mayoritarios y teóricamente coincidentes) pasen a un segundo plano y se impongan, dando como resultado una autosexación contraria a la que parecían indicar?

No lo sabemos ni los conocemos; pero sin duda están ahí.

Tal vez quieran respuestas contundentes. No las tengo. Pero sí tengo sospechas y se las voy a contar aun cuando no les resulte simpático.

La autosexación (igual que después defenderé con la orientación del deseo) ya sea coherente o incoherente (transexualidad) forma parte de los procesos de sexuación.

Sólo tomamos conciencia de algo que nos viene dado (egosexuación). Qué hagamos con ello, cómo lo vivamos o cómo lo expresemos, es otro cantar.

Es decir, uno no es transexual porque quiere, “no se cambia de sexo o se puede cambiar porque nos dé la gana” es mucho más profundo y contundente que todo eso.

El cómo el sujeto toma conciencia de este fenómeno no es la evolución del fenómeno en sí. La transexualidad no es un capricho. Los transexuales pasan una serie de costos de tal magnitud que les sería más rentable claudicar; pero no lo hacen (porque tampoco pueden, y en función del grado de aceptación, tampoco quieren. Pero cuidado, el no poder es más potente que el no querer).

Hablemos del verbo *sexar* y los sexadores de pollos (profesión compleja, por cierto). Se trata de clasificar a los machos y hembras de forma diferencial.

Veamos estos conceptos, que lejos de liarles pretendo que les orienten (no sexualmente, ustedes ya lo están).



Autosexación (proceso o nivel de la sexuación). Sería la clasificación que yo hago de mí mismo como perteneciente a uno u otro sexo.

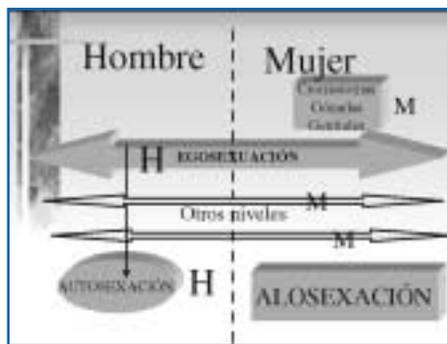
La alosexación. Sería la clasificación sexual de los demás. Pongo sexo a las personas que me rodean. Esto, pese a quien pese, es insoslayable y no puede no hacerse. Ustedes lo han hecho conmigo nada más empezar la conferencia y para ello han utilizado una serie de criterios.

La inducción autosexante. Sería la articulación de mecanismos que procuran propiciar que los demás me etiqueten sexualmente (me alosexen) normalmente en coherencia con mi propia autoetiqueta sexual (autosexación). Sería pues "sentirme de mi sexo, a través de cómo los otros me sienten de ese sexo que yo me siento". Mi perilla, barba... a pesar de que me guste o no, es un inductor que yo les envío para que ustedes me alosexen hombre (¿supongo no?).

¿Qué sucede con un transexual? En un momento dado, el nivel de autosexación tiene un resultado distinto (que los demás no perciben) al de los otros niveles de sexuación (alguno de los cuales los demás sí perciben) que hace que mi autosexación y la alosexación que los demás hacen de mí sean incoherentes.

Los niveles que utiliza el propio sujeto para autosexarse (hombre, por ejemplo) dan un resultado diferente al resultado de los niveles que los demás observan y que hace que lo etiqueten (alosexen) como mujer, por ejemplo.

¿Y qué decir de la inducción autosexante? ¿Por qué gastamos tantas energías para inducir esa aloclasificación sexual de nosotros mismos? Porque según cómo me clasifique así me tratarán, me interpretarán e interactuarán conmigo. Es decir, se actúa de manera diferente en función del sexo que asignamos. Pese a quien pese.



En un transexual no hay convergencia ninguna entre la autosexación de uno mismo y la alosexación que los otros hacen de él. Así pues, un transexual se encuentra en una lucha sin cuartel (sin metáforas) por ser reconocido en tanto lo que íntimamente se siente, en lograr una identidad pública más armoniosa con su identidad privada, que parecen no coincidir.

Cada cual en su medida gastará inmensas energías, tiempo y dinero en lograr el reconocimiento y la coincidencia entre su sexación social (alosexación) y su sexación personal (auto-sexación). Y no sólo en las interacciones más públicas, sino también en las más privadas e íntimas. Una operación de cambio genital permitirá una alosexación coherente con mi auto-sexación en las situaciones más privadas e íntimas (desnudez, contacto erótico...).

Precisamente los genitales “originales” empezarán a sentirse como un estorbo en la medida que son un patrón alosexante que los demás le aplican y que no coincide con su auto-sexación.

Sería interesante no confundir *transexualidad* con travestismo, *dragqueen* o para acabar de rizar el rizo, *transgenéricos*. Yo puedo esporádicamente emitir una imagen de mí mismo que haga que los demás me alosexen de forma incongruente con mi auto-sexación. Puedo vestirme de mujer, maquillarme y moverme con tal habilidad que los demás me clasifique como mujer; pero no por ello dejaré de sentirme hombre. Que esto me pueda producir un placer, morbo y niveles de excitación y divertimento alucinantes... perfecto. Pero me sigo sintiendo hombre.

Tal vez esto pueda formar parte de la erótica de las personas, De su expresión sexual. Pero si no forma parte de su auto-sexación, y de su identidad sexual no se trata evidentemente de transexualidad.

Cuidado pues porque una cosa es la identidad, otra la estética y otra el mundo del espectáculo. La clave para distinguirlo estará siempre en la propia identidad del sujeto y no en lo que el resto veamos o dejemos de ver.

Cuidado incluso porque vivimos tiempos de iconoclastia sexual, de políticas correctas igualitarias, del unisex... Pero, ¿este denodado esfuerzo en aras de la ambigüedad, del equívoco, la desuniformación y la desestereotipación sexual... no nos pone en la misma vía, aunque en sentido contrario, que los estereotipos culturalmente impuestos de hombre y mujer?

Es decir, hay que luchar porque el hecho de ser hombre o mujer pasen a un segundo plano, que no se perciba, que no sea el factor determinante, que se minimice, que no se note... curioso ¿no es una paradoja la igualdad sexual? ¿Y los círculos cuadrados?

Citaré textualmente a Landarroitajaregi con relación a los tests de inteligencia. “Para fastidio de la comunidad psicométrica, la mayor parte de los tests de inteligencia discriminaban sexualmente. A esto se llamo *sesgo sexual*. Este fastidio en círculos psicometristas procedía de la creencia de que si un test de inteligencia discriminaba sexualmente, este test estaría mal construido. Después de muchos intentos por “neutralizar” sexualmente los ítems y pruebas que propiciaban discriminación sexual, se resolvió el dilema introduciendo ítems y pruebas sexualmente discriminadoras, pero contrapesándolas de suerte que el resultante final del IQ no fuese discriminador. Con esta argucia se resolvía el problema del sesgo sexual en la psicometrización del IQ, pero no se resolvió el sesgo para algunos aspectos

específicos de éste como puedan ser la habilidad espacial, la habilidad matemática, la habilidad lingüística... que siguen obstinadamente discriminando pese a todo esfuerzo. Esta obstinación de la presencia del sesgo sexual ha hecho suponer que fuese lo que fuese aquello que estaba midiendo –inteligencia u otra cosa– estos tests detectaban algo relacionado con el sexo ...”.

Vemos cómo la diferencia sexual se impone tozudamente pese a quien pese. Si queremos obviar esto, tampoco se entenderá la transexualidad, ni se podrá ayudar a los transexuales. En concreto, la moda de lo políticamente correcto no ayuda lo más mínimo a entender la transexualidad.

- Homosexualidad

Creo que han tenido el acierto de invitar a Joserra Landarroitajauregi para que participe en su mesa de homosexualidad. Yo no quisiera destripar aquí los pormenores de su exposición posterior; pero al menos sería interesante exponer algunas cuestiones.

La orientación del deseo no es una opción, pese a quien pese.

Cronológicamente es percibida por el propio sujeto más tarde que la “autosexación”, por otra parte lógico, ya que es necesario autoetiquetarse primero para decidir qué tipo de etiqueta nos gusta más en los otros.

La orientación del deseo y, por tanto, la homosexualidad (exactamente igual que la heterosexualidad) forma parte de la sexualidad y no de la erótica. Es decir, lo importante es mi vivencia íntima y no lo que hago con mi cuerpo y dónde o junto a quién lo aparco, con quién disfruto y dónde introduzco o me introducen unos determinados genitales.

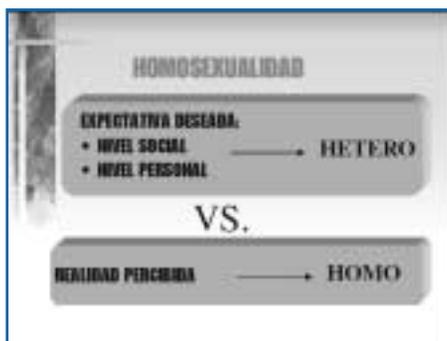
Hablemos de nuevo de dimorfismo e intersexualidad. Probablemente no haya ni dos homosexuales iguales ni dos heteros iguales; pero coinciden entre sí a la hora de autoorientarse en dos únicas categorías.

Igual que hay hombres y mujeres y no hay categorías intermedias; hay homos y heteros (diferentes entre sí, por supuesto) pero no existen estados intermedios, como la bisexualidad, por ejemplo.

Existe una traslocación de lo que se es (orientación sexual) por lo que se hace (conducta erótica). Aunque hablando de manera incorrecta, la bisexualidad puede existir en la erótica; pero no en la sexualidad. Recuerden, yo me podía vestir de mujer y disfrutar; pero no por ello dejaré de ser hombre. Un homosexual podría tener esporádicamente (o no tan esporádicamente) relaciones sexuales con personas de otro sexo, y disfrutar, pero no por ello dejará de ser homosexual (como tampoco podría dejar de ser hetero aun cuando disfrutara teniendo relaciones sexuales con su mismo sexo).

Al igual que no cabe no ser mujer o hombre y ser algo intermedio; no cabe no ser homo ni hetero y ser algo intermedio. Sé que estoy en el momento de antipatía máxima, la opción y la libertad de elección se van al traste; pero le diré lo que Burt Simpson, “yo no he sido”, Jose-rra lo dijo primero (aunque yo lo comparto).

Al igual que en la identidad no hay libertad de cambio-tránsito, tampoco la hay en la orientación.



Lo que a ustedes les ocupa es la exclusión, que en este caso se da ante la posibilidad más minoritaria (cuantitativamente hablando) de la orientación del deseo. Como toda expectativa social (e incluso propia y personal) apunta a una incuestionada heterosexualidad; al adolescente (época de toma de conciencia de una orientación anteriormente establecida) homosexual le faltarán posibilidades de confirmación, prueba y ensayo de aquello que está percibiendo en sí mismo. No sólo eso sino que estará en la dialéctica de asumirlo o negarlo, ante la clara exclusión social que podría suponer su “homosexualidad”.

Sin embargo, y lo expondré más adelante, yo creo que la sexología tiene mucho que ofrecer con sus últimas hipótesis, aun cuando parezca “carca” el negar la libertad de elección. Y parece ser que la sexuación cerebral (ya sea en su período prenatal o a lo sumo postnatal) tiene la última palabra en lo que a orientación sexual se refiere.

- Embarazo no deseado

Estaríamos aquí claramente en el nivel de la erótica.

Una determinada conducta, mal manejada, acaba en consecuencias indeseadas.

Imagino que no resultaré innovador si les digo que la Educación Sexual (con mayúsculas, no como escupitajos excepcionales en la evolución del sujeto) tiene la clave para salir de este atolladero.

Tampoco creo resultar muy innovador, pero me resisto a no decirlo, que confundir Educación Sexual con Información no vendrá a resolver estos embarazos no deseados.

Sería interesante no confundir objetivos, procesos y consecuencias o resultados. La LOGSE ha acuñado toda una serie de términos que a pesar de ello no hacen sino liar más la manta (objetivos procedimentales, conceptuales, actitudinales... y tal y tal).

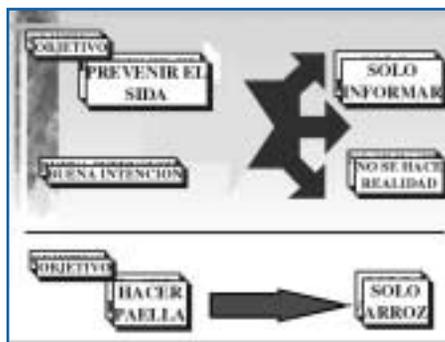
A veces confundimos unos con otros y entonces pasa lo que pasa. No les voy a hacer un tratado de Educación Sexual; pero los atajos son muy tentadores y se utilizan con excesiva frecuencia.

Evitar un embarazo no deseado (o un contagio de VIH, o cualquier otra miseria) no puede ser, estrictamente hablando, un objetivo de la educación sexual.
No me he vuelto loco.

Si definimos nuestros objetivos como: prevención de VIH, evitación de embarazo, etc., estamos trabajando desde las miserias. Ya sé que esto vende y llega; y sobre todo tranquiliza; pero solamente eso.

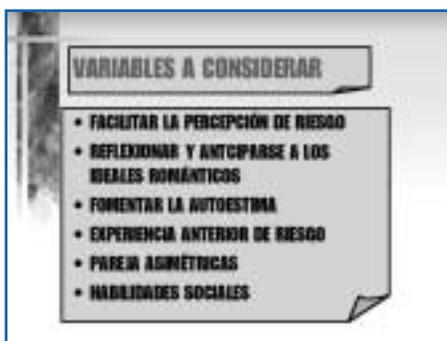
El hecho sexual humano, ofrece más valores que miserias. La promoción de los valores hace que disminuyan las miserias; pero enfocarlo todo desde las miserias no aumenta ni promociona los valores.

No crean que esto es filosofía o retórica. Vayamos con ejemplos. Las intervenciones que pretenden evitar embarazos, no quiere decir que lo consigan (de decirlo a hacerlo hay todo un trecho). En primer lugar, los planteamientos informativos (campañas, folletos..) son por sí mismos inútiles (digo bien). Si a ustedes todo esto no les pilla de nuevo sabrán que hay que trabajar las actitudes. Pero no sólo eso, el embarazo no deseado en la adolescencia tiene unos matices que habrá que conocer, para poder resolver. Y curiosamente pasan por unos objetivos, que no tienen nada que ver con hablar del pene que se mete en la vagina, eyacula y preña.



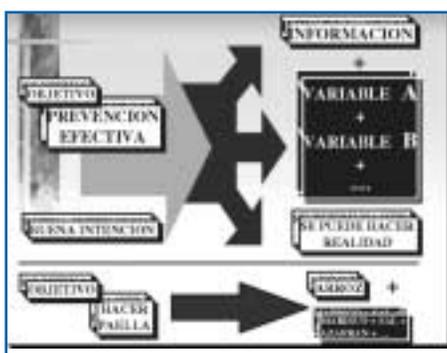
Ustedes saben que yo suelo comparar la educación sexual con la paella. Su ingrediente principal es el arroz; pero sólo con arroz no hago paellas. Si me pongo nervioso porque la paella no me sale y entonces comienzo a echar más arroz, no lograré hacer paella. Tal vez me tranquilice la impresión de sentir que “al menos algo hago” (la voluntad es a veces una

absoluta pérdida de tiempo ¿y dinero?); sólo si entiendo que otros matices harán que el arroz se convierta en paella, llegaré a conseguirlo (añadamos entonces azafrán, cigalas, guisantes, carne, pescado, sal...). Añadamos pues:



- Facilitar la percepción de riesgo.
- Reflexionar y anticiparse a los ideales románticos.
- Fomentar la autoestima.
- Atacar con contundencia, desde lo emocional y no desde lo racional la experiencia anterior de riesgo como percepción atractiva.
- Entender la situación evolutiva de las adolescentes: parejas cronológicamente asimétricas.
- Ofrecer y adiestrar en habilidades sociales: capacidad de decir sí y no.

Sólo de este modo convertiremos el arroz en paella. Me siento un tanto plasta diciendo esto en los últimos años; pero no sé si el plasta soy yo con decirlo o el resto de intervenciones, supuestamente preventivas, utilizando sólo arroz. Año tras año.



Y lo peor de todo es que hasta los resultados se pervierten. Sabrán ustedes que ya está demostrado que aquellos jóvenes que han recibido una adecuada educación sexual (con mayúsculas y no escupitajos) retrasan, con relación al resto de jóvenes, la edad de su primer coito. No porque sean tontos ni remilgados, sino porque, y hablamos de valores, tienen un abanico tan amplio de alternativas sexuales que optan por aquellas igual o más placenteras y con consecuencias que tienen costes mínimos.

Pero claro, ya estamos con los atajos, tomar el resultado de un proceso es fantástico, nos encanta; pero conseguirlo sin el proceso previo no es posible. Curiosamente eso pretendían los alquimistas en busca de la piedra filosofal. Pues bien, ahora los alquimistas son los políticos.

Ya he oído a alguno de nuestros políticos, en el poder, que hay que promocionar el retraso del inicio de las relaciones sexuales en los jóvenes. Lo ven ustedes, ya hemos confundido la consecuencia y la convertimos en objetivo. Queremos un resultado, pero sin pagar el proceso: atajo.

El gobierno inglés pretende hacer una campaña para fomentar la abstinencia: atajo. O repartimos preservativos para prevenir: atajo. Y los atajos no sirven, repito, dejan la conciencia tranquila, pero no sirven.

La anticoncepción es cronológicamente lo último en un programa (de valores) de educación sexual. ¿Sucedé así en la realidad?

Resumiendo pues, no estaría de más no confundir consecuencias con objetivos, metas con procesos; y sobre todo pretender conseguir aquellas (metas) sin necesidad de éstos (procesos).

COLOFÓN

Permítanme finalizar reflexionando sobre la exclusión que ustedes plantean. Puede parecer que la Sexología Sustantiva penaliza la libertad (sobre todo si hablamos de transexualidad y homosexualidad).

Desde planteamientos conservadores, si la homosexualidad es causada por condicionantes ajenos a la voluntad del sujeto entonces “podemos tolerarla” y “comprenderla”. Sin embargo, si ésta formase parte de la voluntad y del deseo del propio sujeto que acaba haciendo que eso sea así, entraríamos en la “perversión” o lo “rechazable”.

Analicemos qué pasa con lo sexualmente minoritario: si es de elección es rechazable, si es “determinado” (por destino, biología, hormonas, herencia, genes...) es tolerable. Yo podría hacer un ejercicio encaminado a fomentar la libertad de elección con todas sus consecuencias. Sobre todo para intentar huir de quienes penalizan la homosexualidad o la transexualidad; o sólo la “toleran” en la medida de su “determinismo” ajeno a la voluntad del propio sujeto.

Pero no podría.

Yo no puedo elegir lo que tengo que decirles para caer simpático, si a cambio les estoy tergiversando conocimientos científicos, o hipótesis probables de teorías explicativas.

La exclusión viene dada por algo que nos es ajeno, en la medida que no es mayoritario, (donde la mayoría, valga la obviedad, estamos). Ser homosexual o transexual es porcentualmente “raro”.

La clave está en si buscamos el fenómeno explicativo general o buscamos la explicación específica puntual. La sexuación, la orientación del deseo o la transexualidad y la homosexualidad.

Pero si aun pasando a la clave adecuada, la elección libre y la voluntad del sujeto queda relegada en todo el proceso, ¿qué hacemos?, ¿lo decimos o jugamos a ser “progres”?

Las respuestas científicas a preguntas “bien planteadas” siempre ayudarán a conocer la realidad; pero no podemos esperar un resultado políticamente correcto o una explicación “amable y comprensiva” a priori.

Sin embargo a la larga, todo descubrimiento científico ha ayudado, aun cuando a corto plazo podamos creer que “perdemos algo”. La perspectiva humana es siempre corta, y los fenómenos científicos sirven para períodos muchos más largos de lo que una sola generación es capaz de abarcar.

Hay intereses creados, núcleos de poder, ideas asentadas... que como todo lo establecido se resisten a dejar sitio a lo nuevo. Pero en este mecanismo están las ideas progres y las carcas, las revolucionarias y las retrógradas. Cuando algo convulsiona la esencia de esas ideas (asentadas en núcleos de poder, y *lobbis* de opinión) la resistencia es el movimiento natural de reacción. Entendiendo esto como un fenómeno razonablemente humano y sociológico; uno no puede cerrar los ojos para complacer expectativas o contentar (ni siquiera a aquellos que nos resultan más simpáticos e incluso apreciamos).

Nuestra identidad, orientación, acción... son sólo una “lucha” un “proceso” por la coherencia. A veces sencillo, a veces jodidamente complejo. Conseguir esa “coherencia”, absolutamente subjetiva y personal, sería el objetivo final de la evolución sexual de cada uno de nosotros.

Sólo eso, buscar la propia coherencia. Ahora, pretender que la evolución sexual es un escape de posibilidades donde yo elijo, o incluso creer que eso es posible, suena fantástico. La posibilidad de libertad “sexual” llevada a sus últimas consecuencias. Sería un mentiroso.

Y no se trata de ser determinista y negar el margen de acción humana; me niego a entrar en esta vía. Sino a negar lo contrario. Todo vale y yo elijo, y mañana volveré a tener esa posibilidad y volveré a cambiar. La evolución sexual nos va dejando un bagaje que crea unos márgenes, más allá de los cuales no puedo ir. Sí tal vez como ejercicio estético y puntualmente erótico (puedo hacérmelo en plan “bisex”, o ambiguo...) pero no como realidad personal (otra cosa es como yo o los demás lo perciban y creer que mi percepción es la pauta sagrada).

Nos quejamos de la exclusión; pero sólo conseguiremos la inclusión, si realmente entendemos el fenómeno y la realidad total de los incluidos y también de los excluidos con relación al HSH.

BIBLIOGRAFÍA:

- Amezúa, E. (1999). "Teoría de los sexos: la letra pequeña de la sexología". *Revista de Sexología*, 95-96.
- Landarroitajauregi, J. (2000). "Homos y Heteros. Aportaciones para una teoría de la sexuación cerebral". *Revista Española de Sexología*, 97-98